

MANUEL E. VÁZQUEZ

**Memoria y ecos.
Sobre Walter Benjamin**

Más allá del aspecto actual mortecino y empobrecido de las ciudades que pudo vivir y contemplar Walter Benjamin, hay algo invencible que ninguna ciudad logrará borrar. Incluida Berlín. Son las señales inscritas en el todo orgánico de la ciudad como cicatrices: las huellas de la justicia todavía no realizada. Una forma de nombrar la esperanza en un «orden mejor»: «ni siquiera la ciudad de Berlín lograría evitar las cicatrices de la lucha por un orden mejor»¹. En el recuerdo de la promesa queda renovado el horizonte de su cumplimiento. En su rememoración el tiempo se abre, las expectativas se mantienen: la evocación contiene la sutil alquimia que transforma en su contrario a todo lo empuñecido. Comenzando por la infancia.

No es que Berlín y por extensión la ciudad, sean el anticipo del mundo redimido por venir. La utopía no está prefigurada en las huellas del pasado. Ni se trata de realizar un pasado perdido, ni del descrédito del presente auspiciado por la añoranza del ayer. Lo que se extrae del Berlín avivado por la mirada vuelta a la infancia es la esperanza en la justicia a la que no puede ser ajena la alegría, la promesa que alienta la transformación del presente, la confianza en un mundo a imagen de las aspiraciones más profundamente humanas. El mesianismo teológico, la revolución política y la utopía social encuentran ahí su más profunda alianza. En la visión de la ciudad está inscrita la necesidad de su transformación porque esa misma ciudad es capaz de diagnosticar la vía muerta en la que, como ocurría con las viejas estaciones de la infancia, el presente está detenido:

hoy, cuando por causalidad voy a parar a las calles del barrio, entro en ellas con la misma angustia que en un desván donde no se ha vuelto a entrar desde hace años. Es probable que siga habiendo cosas de valor allí, pero ya nadie se orienta

¹ Benjamin (1996), p. 204; Benjamin (1985), p. 480.

bien por allí. Realmente este barrio muerto, con sus altas casas de vecinos, es hoy el depósito de la burguesía de la zona oeste².

Mausoleo, nicho, depósito, forman el continuo que acoge a la vida obligada a renunciar de sí y acaba convertida en su contrario. Ese trasiego macabro encuentra su correlato urbano en los arrabales de los que hace tiempo huyó la vida. Son el trastero donde se acumulan objetos tan inservibles como la existencia de todos los ahí arrumbados.

Las buhardillas donde la ciudad recluye lo menos grato a la visión son el reverso traumático de esos otros aposentos que la lectura infantil invitaba a recorrer; algo parecido a la sensación del «huésped que está invitado por unas cuantas semanas a un castillo y apenas se atreve a echar una ojeada llena de admiración sobre las largas series de salas suntuosas que tiene que atravesar hasta llegar a su habitación»³. En esa otra realidad, bastante más cruel, que la ciudad entrega a su espectador también está escrita la vida. Ese texto debe ser leído aunque sólo sea para atisbar un futuro capaz de desmentir la diferencia de clases inscrita en la ciudad como fenómeno urbanístico. Incluso si todo ello tenía la forma del desconocimiento, de la realidad hurtada a los ojos por las circunstancias y las convenciones:

está la temprana niñez, que le encerró en su barrio: el Antiguo o el Nuevo Oeste, donde vivía la clase social a la que él pertenecía adoptando una actitud formada de amor propio y resentimiento que hacía de aquel barrio algo así como un gueto que le hubiera sido otorgado en feudo. Sea como fuere, él estaba encerrado en este barrio de la clase acomodada sin saber de ningún otro. Para los niños ricos de su generación, los pobres eran gente que vivía en los pueblos⁴.

Con el correr de los años, la miseria imaginariamente proyectada al exterior de la ciudad se introduce en ella de manera tan real como para no poder ser obviada. Por eso Benjamin no rehúsa la memoria de la miseria en su primer recuerdo infantil, como tampoco rehúye la visión de esos trasteros urbanos donde la historia deposita todo lo que de inservible se acumula en sus orillas. Inservibles, mas no carentes de valor. No invitan ni a la

² Ivi, p. 204, 481.

³ Ivi, p. 238, 515.

⁴ Ivi, p. 195, 471.

lamentación ni al desconsuelo. Sobre ellos se proyecta la enseñanza del quehacer infantil y su modélica capacidad de renovar la existencia.

Previamente las vías muertas deben ser reconocidas como tales. Si lo muerto se entierra y el olvido es una forma de enterrar, en la memoria estaría contenida la posibilidad de hacer volver a la vida lo rescatado del olvido. Tal sería el recurso del adulto, correlato de la facultad infantil de la renovación. Si en un caso la materia es lo olvidado, en el otro son los residuos y desechos. Cosas no enteramente diferentes. Así se apunta a una cierta metodología:

quien trate de acercarse a su propio pasado sepultado debe comportarse como un hombre que excava. Eso determina el tono, el porte de los genuinos recuerdos (*Erinnerungen*). No deben temer volver una y otra vez al mismo estado de cosas; esparcirlos (*auszustreuen*) como se esparce la tierra, revolverlos como se revuelve la tierra. Pues los estados de cosas son sólo yacimientos, estratos, que únicamente tras la más cuidadosa exploración entregan lo que son los auténticos valores que se esconden en el interior de la tierra (*im Erdinnern stecken*): las imágenes que, desprendidas de todo contexto anterior, están situadas como objetos de valor – como ruinas o torsos en la galería del coleccionista – en los sobrios aposentos de nuestra posterior perspicacia⁵.

Tampoco hace falta ahondar mucho aquí para advertir el antagonismo entre recordar (*erinnern*) y ocultar en el interior de la tierra (*im Erdinnern stecken*). Un mismo movimiento de interiorización, pero afectado de diferente valor: en un caso se trata de ocultar al enterrar, en el otro de profundizar y hacer suyo lo enterrado al reconocerlo como propio. Frente al enterrar que oculta, el recordar que devuelve a la vida. En eso se cifra el talante de los verdaderos recuerdos: lo vivo que habita lo muerto. Nada de ello sería posible sin la asimetría supuesta entre el diseminar (*ausstreuen*) y el recolectar asociado a la memoria.

Benjamín propone en este punto una cierta inversión. Lo que de arqueología hay en la evocación no teme ni al extravío ni al éxito: «la búsqueda desafortunada forma parte de ello tanto como la afortunada»⁶. Su camino no es anticipable. Está guiado por el asalto y la pasión de quien va tras algo vitalmente crucial, antes que por la medida y el distanciamiento del

⁵ Ivi, p. 210, 486. Casi literalmente el mismo párrafo se encuentra con el título de «Ausgraben und Erinnern» en *Denkbilder*, Benjamin (1981b), pp. 400-401.

⁶ Benjamin (1996), p. 211; Benjamin (1985), p. 487.

conocimiento adulto al que Benjamin califica como «posterior perspicacia». Es la búsqueda no avalada por un saber precedente capaz de orientarla y señalarle sus etapas. Así ocurre en el caso de la infancia: carente de saber específico y ajena a disciplina, de la búsqueda de sus recuerdos no está ausente el fracaso ni es previsible el éxito. La singularidad del objeto se pliega mal al imperativo metódico en lo que de universalizable posee. Ciertamente, «para emprender excavaciones con éxito es necesario un plan»⁷. Sin embargo, la especificidad del objeto hace de cada hallazgo algo único y prefiere el prudente ensayo a la diligente pesquisa: «igual de imprescindible es la prospección cuidadosa de tanteo en la oscura tierra». Otro es el caso de los saberes ya constituidos y sus búsquedas metódicamente guiadas. Recolectan y ordenan al rescatar, pero lo encontrado pasa a engrosar galerías de museo o salas de bibliotecas una vez convertido en objeto de contemplación o instrumento de consulta: reliquias de un pasado cuyo conocimiento recrea sin restituir lo que de vida todavía pudiera haber en ellas.

También la infancia es más memorable que explicable. Eso la hace un bien escaso. Y es que, reconozcámoslo, «somos pobres en historias memorables. Ya no nos alcanza acontecimiento alguno que no esté cargado de explicaciones. Con otras palabras: “casi nada de lo que acontece beneficia a la narración, y casi todo a la información”»⁸. Ciertamente la infancia benjaminiana sobrevive mal bajo las explicaciones y se acomoda aún peor a la información. Es la conclusión derivada de una premisa más general en la que se establece la asimetría insalvable entre la información y el recuerdo: «el recuerdo no debe avanzar de un modo narrativo, ni menos aún informativo»⁹. Más vinculadas a la experiencia que a la información, tanto la infancia como el recuerdo se hurtan al periodismo: «si la Prensa se hubiese propuesto que el lector haga suyas las informaciones como parte de su propia experiencia, no conseguiría su objetivo. Pero su intención es la inversa y desde luego lo consigue»¹⁰. Sí las aspiraciones del individuo son privadas y quedan recluidas en el ámbito de la privacidad, no es por su naturaleza, sino porque los medios que podrían hacerlas públicas las

⁷ Ivi, p. 210, 486.

⁸ Benjamin (1991b), p. 117.

⁹ Benjamin (1996), p. 211; Benjamin (1985), p. 487.

¹⁰ Benjamin (1998), p. 127.

reprimen y restringen al espacio de lo estrictamente personal. Tanto tiempo como dure esa situación, las internas aspiraciones del individuo seguirán sin ser compartidas y quedarán incumplidas.

El periódico, en este punto, no sólo se muestra impotente. También ineficaz: la noticia, con su manto de asepsia y objetividad, nunca es incorporada por el sujeto a su experiencia. Se trata simplemente de la manera eficaz de llenar su vacuidad con minucias tan indiscutibles como el axioma que las legitima: la necesidad incontestable de «estar informado». El lector de periódicos queda impermeabilizado para sí mismo en esa avalancha de noticias y sucesos que rellena el espacio vacío reservado a la experiencia con lo que, sin embargo, es heterogéneo respecto a ésta. El periódico instrumentaliza y revela la infinita distancia entre sus lectores y las noticias. El uno es invulnerable respecto al otro: la experiencia se atrofia en proporción directa al auge de la información. Ése es el índice de la asimetría entre el periodista y el narrador, el periódico y la transmisión oral, los antepasados y nosotros, la industria y la artesanía:

la narración es una de las formas de comunicación más antiguas. Lo que le importa a ésta no es transmitir el puro en-sí de lo sucedido (que así lo hace la información); se sumerge en la vida del que relata para participarla como experiencia a los que oyen. Por eso lleva inherente la huella del narrador, igual que el plato de barro lleva la huella de la mano del alfarero.

La reducción de la experiencia a información prescinde de la vida de aquella, disponiendo el residuo resultante a la comunicación tan eficaz como susceptible de manipulación. La rememoración aporta en este punto no sólo una alternativa, también un correctivo: «la historia no es sólo una ciencia, también es una forma de rememoración (*Eingedenken*). Lo que la ciencia ha “constatado”, la rememoración puede modificarlo»¹¹. Si en la recolección del conocer propio de las ciencias el extravío es su reverso, la tarea primera de la memoria lo incluye como momento de su búsqueda. No es ajena a ella la sorpresa de lo literalmente imprevisible. Los hallazgos de la memoria no vienen a completar la retícula que los estaba esperando; al contrario, su valor va a una con su capacidad para desbordarla y desestabilizarla. Reclamar el derecho de las partes desechadas o la extrañeza asociada a las partes olvidadas es una manera de mostrar lo artificial de la totalidad previamente compuesta. No se encuentra en Benjamin la tentación de añadir

¹¹ Benjamin (1991a), [N 8, 1].

una prótesis de inteligibilidad a los restos que la memoria rescata. Al contrario, los hace valiosos su substracción a las formas admitidas de transmisión y los modos convencionales de conocimiento.

Que lo hallado en la excavación del olvido sea algo así como las «ruinas o torsos en la galería del coleccionista», viene a ratificar que «el arte de coleccionar es una forma de recuerdo (*Erinnerung*)»¹². Los fragmentos sin totalidad de las ruinas y las totalidades mutiladas de los torsos no están dispuestas para ser completados con pasión restauradora:

Torso. Únicamente quien supiera contemplar su propio pasado como un producto de la coacción y la necesidad, sería capaz de sacarle para sí el mayor provecho en cualquier situación presente. Pues lo que uno ha vivido es, en el mejor de los casos, comparable a una bella estatua que hubiera perdido todos sus miembros al ser transportada y ya sólo ofreciera ahora el valioso bloque en el que uno mismo habrá de cincelar la imagen de su propio futuro¹³.

Nada arbitrario hay en el pasado ni, por tanto, en la infancia. Como si de una bella estatua se tratase, en el transporte para su exhibición, en su recorrer el tiempo que es duración, está supuesto el deterioro. No cabe substraerse al trabajo del tiempo. Tampoco se trata de reconstruir las partes ausentes para así suplir la falta que el tiempo procura. Ni la ficticia totalidad construida a partir de los fragmentos conservados, ni la neutralización de la merma. Si el tiempo desteje lo humanamente tejido, el recurso humano consiste en el incesante volver a hacer presente lo que el tiempo ausenta. Pero ese texto carece de eficaz solución para el imparable descoser del tiempo. Si el reunir y recolectar del *logos* es en el tiempo, sin remedio está sometido al tiempo y sus efectos.

Tampoco para Benjamín el pasado invita únicamente a su restauración. Sirviéndonos del símil del transporte de la pieza para su exhibición, más importante que la restitución es lo que sobrevive al decurso temporal. Si permanece no es para remitirlo a la vida perdida y olvidada: los fragmentos del torso destruidos y ausentes, su anterioridad inmaculada. El acento recae sobre lo que permanece a condición de no hacer de ello el vestigio de una plenitud reconstruible, sino la posibilidad realmente efectiva de una construcción por venir. La supervivencia del pasado encuentra su sentido en

¹² Ivi, [H 1a, 2].

¹³ Benjamin (1987), p. 58.

la construcción que anuncia: «el valioso bloque en el que uno mismo habrá de cincelar la imagen de su propio futuro». Por eso la peor de las circunstancias es aquella en la que no hay futuro: se posee el material que representa tener toda una vida por delante, pero las expectativas y las aspiraciones han desaparecido. Ahí la monótona repetición del presente entregado a sí mismo clausura la posibilidad de apertura. La auténtica ruina del presente es su destrucción del futuro. Cabe reclamar el derecho a la utopía o reivindicar lo que de proyecto hay en la existencia, sin duda. Pero antes deberá volverse la vista a esa infancia a la que todo estaba por llegar y en la que, carente de anterioridad, todo era porvenir. Ésa es una manera de remediar el lapsus del presente: su olvido del futuro, la desaparición sin huella de lo que ni siquiera había estado presente salvo como expectativa, anuncio o proyecto. Lo que se echa en falta no es que algo concreto carezca de futuro, sino la ausencia de la disposición en la que el presente se abre para concederse más allá de sí una posibilidad por realizar.

Pero esa amnesia de lo por venir es el correlato de la atrofia del recuerdo. Desaparición del futuro y olvido del pasado van a una. Combatir su anquilosamiento no sólo exige ejercitar la evocación, también alcanzar un medio adecuado de exposición: «el recuerdo no debe avanzar de un modo narrativo, ni menos aún informativo, sino ensayar épica y rapsódicamente, en el sentido estricto de la palabra, su prospección de tanteo en lugares siempre nuevos, indagando en los antiguos mediante capas cada vez más profundas»¹⁴. «El sentido estricto de la palabra» no es el que sin más se refiere a sus usos admitidos. No se trata de una opción entre géneros y prácticas más o menos asentados. Todo el acento recae sobre la épica y la rapsodia porque nunca han sido ajenos a la memoria.

Si en sus orígenes el rapsoda era el cantor popular errante que en la Grecia antigua recitaba fragmentos de poemas, pasando de Grecia a Alemania, de lo antiguo a lo moderno, también el filósofo Benjamin, convertido en rapsoda de sí mismo, narra las fulgurantes imágenes de su infancia. A medias impulsado por el destino y a medias obligado por la necesidad, incluso asume la errancia que exhibe su biografía. En un caso y en otro se apunta al trabajo de la memoria: la tarea de mantener viva una tradición, un pasado y una condición que sólo sobrevive en la palabra que la actualiza. Esa palabra viva es conjuro del olvido y favor de la memoria.

¹⁴ Benjamin (1996), p. 211; Benjamin (1985), p. 487.

Lo mismo vale para el caso de la épica: «la memoria es la facultad épica que está por encima de todas las otras», confiesa Benjamin¹⁵. Caso ejemplar del discurso que hace palabra la experiencia y el sentido de una colectividad, palabra y experiencia sólo viven una para otra en la persona del aedo que mantiene viva la memoria mítica de los orígenes. Todo apunta a la vecindad entre poesía y memoria, la poesía como forma primera del decir y el canto como forma primera de la poesía: «la palabra cantada es inseparable de la Memoria: en la tradición hesiódica, las Musas son hijas de *Mnemosyne*»¹⁶. Capacidad de revelación, potencia de mediación, facultad de desvelamiento: todo eso es la memoria del poeta. Su voz es verdad porque en ella habla *Aletheia*. No dice la verdad, su canto *es* verdad: revelación y desvelamiento conferidos por la inspiración de la Memoria. Esa verdad no se opone al error sino al olvido.

Si a través del poeta inspirado habla *Mnemosyne*, a diferencia de Homero – poeta de la inspiración –, Benjamin es cronista de la aspiración: la aspiración de la infancia. Sólo entonces la evocación de la memoria se revela como vocación en la que se deja oír la voz olvidada del pasado. Es el momento de invertir el modelo óptico de la fotografía, la luz y la imagen. Todo eso debe ser alterado para dejar vibrar la voz de la evocación que escucha el rapsoda que es Benjamin y desde la lejanía se hace oír reverberando en el presente con la forma del eco. Todo consiste en ser capaz de escucharla.

Se ha descrito muchas veces el *déjà vu*. Pero yo me pregunto si la expresión es realmente afortunada y si no sería mucho mejor tomar del campo de la acústica la única metáfora adecuada a este fenómeno. Habría que hablar de sucesos que nos sobrevienen como un eco cuya llamada (*Ruf*), el sonido que lo provocó, parece haberse desencadenado en algún momento de la oscuridad de la vida ya expirada¹⁷.

Así comienza el último párrafo de *Crónica de Berlín* y se esboza el tránsito desde el espacio de las imágenes al tiempo de los sonidos. Ya no se trata de la manera en que el pasado queda fijado en las instantáneas del recuerdo, sino de cómo los acontecimientos llegan hasta el presente y actúan

¹⁵ Benjamin (1987), p. 124.

¹⁶ Detienne (1983), «La memoria del poeta», pp. 24-25.

¹⁷ Benjamin (1996), p. 241; Benjamin (1985), p. 518.

sobre él al provocarlo. De la retención a la acción del pasado, del ver al oír: ese es el trayecto. En un primer momento su precedente es Franz Hessel y su *Spazieren in Berlin*, saludado en la recensión de Benjamín como «un eco de lo que la ciudad contó a los niños de ayer»¹⁸.

Si debe asemejarse a algo, el pasado sería como una llamada (*Ruf*). Hay en este punto una ventaja del modelo acústico sobre el visual. La eficacia de la imagen radica en su capacidad para conservar el original reproducido. Sólo desde la posibilidad de su desaparición, la reproducción tiene sentido. El caso de la llamada es diferente. En la conservación del sonido está incluida la persistencia de la fuente emisora. Aunque se trate de una lejanía extrema, la vida del hablante se dilata tanto como su voz tarda en extinguirse. Hay algo más: la voz oída y la llamada recibida invitan a la contestación. No cabe substraerse a la invocación que requiere. En el responder ya está contenida la responsabilidad; sólo hay tal tras la llamada del otro. Ahí está comprendida la insistencia heideggeriana en el oír (*hören*) como forma de pertenecer (*gehören*) a lo dicho.

Es tan verdad que la visión es el referente privilegiado de la actividad del espíritu y el pensar es reiteradamente equiparado con el ver, como que en el conocer ya está incluida la mirada y la evidencia es el índice del conocimiento indudable. Pero nada de ello sería posible si la visión no implicase tanto un ofrecimiento como una quietud; el ofrecimiento de lo que se da a ver, la quietud que requiere su ejercicio.

A diferencia de la visión, el oír tiene más relación con el tiempo que con la estabilidad o la permanencia espacial. El sonido primeramente no es, con posterioridad se anuncia, luego se produce y paulatinamente se extingue hasta desaparecer: una secuencia quizá mejor representada en el acaecer temporal que en la permanencia fijada al lugar. Si la visión se rige por la oposición entre lo ausente y lo presente, el juego de intensidades y tonalidades del oír se desenvuelve entre un más y un menos. Ése es el *tempo* de la audición.

Benjamin piensa el juego de demandas y respuestas en el que se entrecruzan el pasado y el presente desde el modelo que representa la acústica: los ecos de las llamadas provocadas «en algún momento de la oscuridad de la vida ya expirada». Si en el expirar la vida deja de ser tal trocándose su contrario, la vida expirada es aquella en la que, como si de un plazo se tratase, su tiempo se ha extinguido, su existencia se ha cancelado.

¹⁸ Benjamin (1981b), p. 194.

Oír lo dicho a través de su eco es una forma de substraerla del olvido y conferirle una vida que sin ser tal, tampoco es la muerte: la supervivencia. Habría que situar todo eso en un escenario más preciso capaz de aliar al recuerdo con el pasado de los ecos y el presente de los sonidos. Una escenografía y una arquitectura que hasta aquí no ha dejado de acompañarnos y a la que, en nombre de su memoria y la memoria que nombra, hay que visitar por última vez.

«El *shock* con el que entran instantes en nuestra conciencia como algo ya vivido casi siempre nos sucede en forma de un sonido. Es una palabra, un golpear o un susurrar, al que se le ha dotado del mágico poder de llevamos de repente al frío mausoleo del ayer, de cuya bóveda el presente sólo nos parece reverberar como un eco»¹⁹. Resulta difícil representar el escenario propuesto. Sería más evidente si únicamente se tratase del críptico pasado que yace en su «frío mausoleo». Pero toda la dificultad radica en hacer del presente un eco. No es que hasta el presente llegue el sonido hace ya mucho tiempo emitido, aunque no tanto como para haberse extinguido. Tampoco es que la persistencia de la emisión confiera al emisor ya desaparecido una cierta supervivencia que le permite ir más allá de sí mismo. Con independencia de todo eso, lo decisivo es que el eco defina al presente. Aunque sepultado y distante, el pasado convierte al presente en eco. La evocación del eco equivale así a la memoria del presente.

También en esa formulación se deja escuchar el eco de lo precedente. Es la versión de un tema y una paradoja ya anticipados por Baudelaire: «*la mémoire du présent*»²⁰. Algo que llegaría hasta Bergson – *le souvenir du présent*²¹ –, y que en Benjamín recibe su traducción acústica. En el caso de Baudelaire la conjunción de instantaneidad y repetición está orientada a la afirmación de una modernidad radical que suprimiendo toda forma de anterioridad libera a las energías creadoras de su opresivo pasado. En el caso de Bergson todo apunta al problema del desdoblamiento del presente, la cuestión del reconocimiento, la génesis del recuerdo y su diferencia respecto la percepción. Para Benjamín no se trata ni de la supresión del pasado ni del problema del reconocimiento. Está al servicio de la continuidad del presente y del pasado, ilustra la manera en que éste asalta al

¹⁹ Benjamin (1996), pp. 241-242; Benjamin (1985), p. 518.

²⁰ Baudelaire (1951), *Le peintre de la vie moderne*.

²¹ Bergson (1963), *L'énergie spirituelle*, p. 919.

presente y muestra lo que en él hay de inaudito, no escuchado, no recolectado íntegramente en el momento que lo acoge.

Se ha señalado que la fórmula de Baudelaire «combina un modelo repetitivo con un modelo instantáneo, sin aparentemente caer en la cuenta de su incompatibilidad»²². Sólo así el presente no es ajeno a la memoria y en la unicidad del instante se alían dos motivos irreconciliables: la repetición y la instantaneidad. No parece que ése sea el modelo benjaminiano. En él no se trata tanto de repetición e instantaneidad cuanto de proximidad y lejanía. La lejanía de la voz que llega hasta el presente como eco, la cercanía de su recepción. Únicamente así lo lejano sigue siendo tal sin dejar de ser aprehensible. Es ése el camino cuyo trayecto indefectiblemente conduce hasta el aura: «la manifestación irrepetible de una lejanía (por cercana que pueda estar)»²³. Tan lejana como pueda ser la infancia, antes vinculada al aura que a la huella de la plenitud perdida que invita a la restitución de la presencia en ella olvidada. Sólo así se entiende que su evocación no consista en el retorno que tomaría posesión de lo olvidado. Antes aura que huella — «en la huella nos apoderamos de la cosa, en el aura ella nos domina»²⁴ —, eso vale de manera singular para la infancia.

Si el presente es el rastro sonoro de una voz hace tiempo proferida, ese eco tiene poco de narcisista. No está alimentado por la economía de la autoafirmación ni al servicio de la propia identidad. Bien al contrario, en él está contenida la apertura a lo otro: lo otro muerto, lo otro pasado, lo otro del ser adulto que es la infancia. La vida y la muerte, el presente y el pasado encuentran así un punto de intersección que es también de continuidad entre lo sido y lo que es, lo dicho y la disposición a escuchar. Es posible oír el rastro sonoro de las voces y los sonidos, los ecos y los ruidos, en la continuidad que enlaza *Crónica de Berlín* e *Infancia en Berlín hacia 1900*. Desde ahí cabe abordar, es decir, leer el trayecto de la infancia benjaminiana ahora confundida con la filosofía. Romper la costra de alienación e indigencia que encubre a la alegría, iría a una con la mirada vuelta a la «felicidad no disciplinada» de la infancia. No la visión clasificadora del historiador, tampoco la del psicólogo. Ninguna de ellas acierta a ver lo mucho olvidado en la construcción de la miseria del presente. Sin duda

²² De Man (1993), «Literary History and literary modernity», p. 156.

²³ Benjamin (1982), p. 24.

²⁴ Benjamin (1991a), [M 16a, 4].

Adorno tenía razón cuando enjuiciaba la filosofía de Benjamín: «incluso su deseo más secreto es el deseo de todos»²⁵.

Bibliografía

- Adorno, T.W. (1995), *Sobre Walter Benjamin*, Cátedra, Madrid.
- Baudelaire, Ch. (1951), *Oeuvres*, La Pléiade, Paris.
- Benjamin, W. (1981a), *Gesammelte Schriften (III)*, Suhrkamp, Frankfurt am Main.
- Benjamin, W. (1981b), *Gesammelte Schriften (IV.1)*, Suhrkamp, Frankfurt am Main.
- Benjamin, W. (1982), *Discursos Interrumpidos (I)*, Taurus, Madrid.
- Benjamin, W. (1985), *Gesammelte Schriften (VI)*, Suhrkamp, Frankfurt am Main.
- Benjamin, W. (1987), *Dirección única*, Alfaguara, Madrid.
- Benjamin, W. (1988), *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, Taurus, Madrid.
- Benjamin, W. (1990), *Infancia en Berlín hacia 1900*, Alfaguara, Madrid.
- Benjamin, W. (1991a), *Gesammelte Schriften (V.1)*, Suhrkamp, Frankfurt am Main.
- Benjamin, W. (1991b), *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Taurus, Madrid.
- Benjamin, W. (1995), *Personajes alemanes*, Paidós, Barcelona.
- Benjamin, W. (1996), *Escritos autobiográficos*, Alianza, Madrid.
- Bergson, H. (1963), *Oeuvres*, PUF, Paris.
- De Man, P. (1993), *Blindness and Insight*, Routledge, Londres.
- Detienne, M. (1983), *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*, Taurus, Madrid.

Abstract

Analysis of the way that Walter Benjamin's philosophy goes from *Berliner Chronik* until *Berliner Kindheit um Neunzehnhundert*. The analysis takes into account the role of the city, politics and childhood, but fundamentally the role of memory and the passage in their understanding of a visual model to an acoustic model that articulates a coherent and novel way the relationship with the past.

Keywords: Benjamin, Adorno, Memory, Past, Justice

²⁵ Adorno (1995), p. 71.